La subasta del paraguas seco

Por Shyvirelle

Ficha de representación

Género: comedia breve para cuatro intérpretes.

Duración orientativa: 12–15 minutos, con un ritmo conversacional ágil y las pausas indicadas.

Reparto exacto (cuatro personajes):

- **DAMIÁN**, subastador del centro vecinal. Tiene una voz solemne que se le escapa incluso cuando habla de cosas pequeñas.
- **CELIA**, donante del paraguas. Práctica, paciente hasta cierto punto y poco amiga de los adornos.
- **IRENE**, compradora en potencia. Imaginativa, competitiva y convencida de que sabe reconocer una buena historia.
- **LEO**, voluntario del centro. Observador, algo tímido, capaz de detectar lo que todos pasan por alto.

Utilería y espacio: solo dos objetos manipulables o visibles en escena: un paraguas cerrado y una silla restaurada. La silla lleva dos breves inscripciones fijadas bajo el asiento, como parte de su acabado; no se despegan ni se usan como objetos independientes. Las fichas del catálogo se evocan mediante el diálogo, sin papeles, atril, dinero, teléfonos ni proyecciones. Un solo espacio; no hay cambios de decorado ni personajes fuera de escena que deban hablar.

Convención: es un ensayo de subasta benéfica. Todas las cifras son ofertas imaginarias; no se cobra ni se adjudica ningún objeto. Los personajes lo aclaran dentro de la obra.

La obra

Escena primera. Un objeto extraordinariamente corriente

(La silla está a un lado. El paraguas cerrado, en manos de DAMIÁN. IRENE lo examina desde cierta distancia. CELIA y LEO están presentes. Nadie necesita entrar cargando nada más.)

DAMIÁN: Señoras y señores… Un momento. No hay señoras y señores, solo estamos nosotros cuatro. Perfecto. Ensayo general de la gran subasta del centro vecinal. Yo seré la voz de la elegancia, de la oportunidad y, si hace falta, de la megafonía que no funciona.

CELIA: Con que seas la voz que no grita, me conformo.

LEO: Recuerdo que esto es una prueba. Nada se vende hoy.

DAMIÁN: Naturalmente. Ofertas ficticias, cifras de mentira, ninguna obligación de pagar. Pero una emoción absolutamente auténtica. Primer lote: un paraguas.

(Levanta el paraguas con solemnidad.)

IRENE: ¿Solo un paraguas? Dijiste que habría algo especial.

DAMIÁN: Cuidado con el «solo». La historia suele empezar con palabras humildes. También el pan es solo harina hasta que aparece el hambre.

CELIA: El paraguas es mío. Se abre, se cierra y a veces gotea por una varilla. Lo doné porque tengo otro.

DAMIÁN: La donante, discretísima, prefiere no hablar de su leyenda. ¡Un gesto de una nobleza conmovedora!

CELIA: Prefiero no hablar de una leyenda que no existe.

IRENE: Espera. ¿No es el del catálogo? Allí decía «rescatado después de una noche inolvidable».

LEO: Eso decía la ficha del lote, sí. Me sonó raro.

DAMIÁN: ¡Y precisamente ahí radica el misterio! Abrimos en cien unidades imaginarias.

IRENE: Doscientas. Si sobrevivió a una tormenta histórica, podría exhibirse en el vestíbulo.

CELIA: Sobrevivió a un armario. Si le ponemos una placa, me dará vergüenza pasar por allí.

DAMIÁN: Doscientas a mi izquierda. ¿Alguien ofrece trescientas?

LEO: No puedo pujar. Soy voluntario y estoy mirando si la silla está estable.

DAMIÁN: ¡Trescientas por la estabilidad de nuestros muebles! Magnífico espíritu comunitario.

LEO: No he ofrecido trescientas.

IRENE: Cuatrocientas. A mí me dijeron que el objeto tenía una reparación secreta.

CELIA: Tiene cinta adhesiva en el mango, pero si eso es secreto, el barrio está perdido.

DAMIÁN: Cinta adhesiva de época. Un detalle irrepetible.

CELIA: Se la puse el martes.

IRENE: ¿Qué martes?

CELIA: El martes normal. El que sigue al lunes.

(Pausa breve. IRENE mira el paraguas como si tratara de encontrar un mensaje invisible.)

IRENE: Curioso. Esa respuesta también podría ocultar algo.

CELIA: O podría contestar la pregunta.

DAMIÁN: ¡Quinientas unidades imaginarias! Lo digo antes de que la sinceridad destruya nuestro ensayo.

LEO: Hay un problema en el catálogo, Damián. Dos lotes tienen descripciones casi iguales.

DAMIÁN: Una coincidencia literaria. Los objetos se parecen cuando uno los mira con amor.

LEO: Uno dice «madera recuperada». El paraguas no tiene madera.

DAMIÁN: ¿Y el mango?

CELIA: Plástico.

DAMIÁN: Madera que evolucionó muchísimo.

IRENE: Yo subo a setecientas. Acabo de imaginar que protegió a alguien importante de una lluvia terrible.

CELIA: ¿A quién?

IRENE: No sé. Pero era importante y estaba muy mojado.

CELIA: Hay gente mojada que no pasa a la historia.

Escena segunda. La historia equivocada

(LEO se acerca a la silla, que permanece al margen. Revisa el asiento sin moverlo del sitio.)

LEO: Esta silla lleva aquí desde que empezó el ensayo. Nadie la ha mirado.

DAMIÁN: La miraremos cuando le toque. El drama requiere orden.

LEO: El catálogo dice que el lote siguiente es una silla restaurada por vecinas y vecinos del taller. Pero aquí, bajo el asiento, hay dos inscripciones. Una señala el número de la silla y otra tiene el texto que tú has estado recitando del paraguas.

IRENE: ¿Qué texto?

LEO: «Rescatada después de una noche inolvidable. Madera recuperada de la antigua sala. Una reparación hecha entre varias personas». Mira. No hace falta despegar nada.

(IRENE se inclina para leer. CELIA conserva su lugar. DAMIÁN baja lentamente el paraguas.)

IRENE: Habla de la silla.

LEO: Claro. Cuando se inundó el local, sacamos las tablas secas que pudimos. La silla quedó desarmada y la reconstruyeron en el taller. Yo pegué las inscripciones al terminar, para que no se perdiera esa historia. Al transcribir el catálogo intercambiaron los textos de los dos lotes.

DAMIÁN: Entonces… ¿el paraguas no fue restaurado entre varias personas?

CELIA: Entre mis dos manos, si eso cuenta. Y ni siquiera quedó bien.

DAMIÁN: ¿No pasó una noche inolvidable?

CELIA: No puedo hablar por él. Yo lo dejé bajo mi cama y dormí estupendamente.

IRENE: Un momento. ¿Yo ofrecí setecientas por un paraguas que gotea?

LEO: Setecientas unidades imaginarias. Lo aclaramos al principio.

IRENE: Ya, pero mi imaginación se siente estafada.

DAMIÁN: Señores, no exageremos. Las historias se pueden compartir. Tal vez la silla prestó su epopeya al paraguas por solidaridad.

CELIA: La silla está bastante ocupada sosteniendo el asiento. Devuélvele su epopeya.

LEO: Y la última línea de la inscripción explica algo importante: el taller arregló las uniones, probó el peso con cuidado y dejó visible una marca de la inundación. No intentaron fingir que era nueva. El trabajo es lo valioso.

IRENE: Eso sí lo habría querido saber antes de pujar. ¿Por qué nadie habló de quienes trabajaron en ella?

DAMIÁN: Porque el catálogo sonaba más elegante si la reparación quedaba envuelta en misterio.

CELIA: O porque nadie leyó hasta el final.

(Silencio breve. DAMIÁN contempla la silla. Por primera vez no intenta levantar la voz.)

DAMIÁN: La verdad es que yo sí vi la diferencia entre «mango» y «madera». Pensé que el público se divertiría más si no la señalaba.

LEO: El público también puede divertirse con una historia verdadera.

IRENE: Yo no soy el público. Soy la única persona que ha hecho ofertas.

CELIA: También eres la única que sube el precio cada vez que descubre que sabe menos.

IRENE: Es una habilidad muy poco reconocida.

DAMIÁN: Retomemos. Nueva descripción del primer lote: «Paraguas común, resistente a la vanidad ajena y vulnerable al viento lateral». ¿Cien unidades?

CELIA: Retiro el paraguas.

DAMIÁN: ¿Lo retiras por una falta de respeto?

CELIA: Lo retiro porque lo habéis convertido en un monumento a una vida que no tuvo. Y porque, siendo sinceros, ya no quiero que nadie pague dinero real mañana por una historia inventada. Quien lo necesite, podrá pedirlo prestado.

LEO: Eso también ayuda. El centro necesita objetos compartidos.

IRENE: ¿Y la silla?

CELIA: La silla merece un agradecimiento por sus manos, no una cifra gigantesca.

DAMIÁN: Pero necesitamos recaudar fondos. Hay goteras en el techo, faltan estanterías y cada vez que se rompe algo improvisamos una colecta.

IRENE: Lo sé. Por eso pensaba ofrecer dinero de verdad mañana. Yo no vine por el paraguas.

(CELIA observa a IRENE con menos dureza.)

CELIA: Entonces necesitamos una subasta que no confunda emoción con engaño. Y quizá no todo lo que podemos dar se compra.

Escena tercera. Una oferta que puede comprobarse

LEO: En el taller hay gente que ofrece tiempo cuando no puede ofrecer dinero. Podríamos anunciar tareas concretas, con un horario y una persona responsable.

DAMIÁN: ¿Subastar trabajo? Suena poco glamuroso.

CELIA: Suena a que alguien arreglará la gotera.

IRENE: O a que alguien prometerá arreglarla sin saber. Eso también puede salir mal.

LEO: Por eso hay que distinguir. Nadie que no sepa de techos debería subirse a uno. Podemos ofrecer tareas seguras que sepamos hacer; lo demás, a profesionales.

CELIA: Yo ofrezco dos horas para ordenar las donaciones con quien conozca el almacén. Nada de reparar enchufes ni techos.

IRENE: Yo puedo enseñar a otras personas a hacer una lista de materiales y presupuestos. Una tarde. Con ejemplos, no con promesas de dinero infinito.

LEO: Yo me comprometo a coordinar una mañana de limpieza del patio. Si faltan herramientas, lo decimos antes. Si llueve, acordamos otra fecha.

DAMIÁN: Un inventario de compromisos verificables… Tendré que cambiar toda mi presentación.

CELIA: Puedes dejar de anunciar milagros.

DAMIÁN: Entonces perderé la mitad de mis adjetivos.

IRENE: Considéralo una donación.

(Los cuatro ríen con brevedad. DAMIÁN mira el paraguas como si esperara que lo salvara.)

DAMIÁN: Bien. Primera oferta de la nueva subasta. Un turno de dos horas para… ¿para qué?

LEO: Para lo que tú sepas hacer de verdad.

DAMIÁN: Podría presentar el acto. Tengo experiencia hablando.

CELIA: Y una experiencia inmensa en no escuchar.

DAMIÁN: Eso reduciría mi valor de mercado.

IRENE: Piensa en algo que se pueda comprobar al terminar.

DAMIÁN: Podría revisar con Leo el catálogo. Cada descripción contra su objeto. Sin inventar antecedentes. Dos horas mañana por la tarde.

LEO: Acepto acompañarte. Pondremos el resultado a disposición del centro.

CELIA: Esa es la primera puja que te creo.

DAMIÁN: Espera, aún no he ofrecido nada al público. Quiero ensayar mi frase. *(Se aclara la garganta.)* «Abro la subasta de horas con dos horas de mi propio trabajo. Se sabrá cuándo empiezan, qué haré y cómo comprobar que están hechas». ¿Demasiado serio?

IRENE: Un poco. Pero es por fin una historia que puedes contar antes de que ocurra.

DAMIÁN: ¿No es eso una contradicción?

LEO: Es una promesa pequeña. Después tendremos que cumplirla.

(DAMIÁN coloca el paraguas apoyado con cuidado junto a la silla. Ningún objeto se entrega ni se adjudica.)

DAMIÁN: Segunda oferta: el paraguas se queda en el centro para que lo pidan prestado cuando llueva. Su historia será: «Paraguas usado, a veces gotea, devuelto por quien lo emplee». Sin precio, sin leyenda.

CELIA: Si lo devuelven seco, mejor. De ahí viene lo de «paraguas seco», aunque no es una garantía meteorológica.

IRENE: Me gusta menos que antes.

CELIA: ¿Y más o menos que un objeto que nunca existió?

IRENE: Mucho más. Pero necesito unos segundos para acostumbrarme a no ser la protagonista de una subasta heroica.

DAMIÁN: Te tengo una propuesta. Podrás ser la protagonista de la revisión del catálogo. Cuando llegues a «madera recuperada», piensa en la silla y en las personas que la salvaron. Cuando llegues a «paraguas», piensa en la lluvia y en la posibilidad de compartirlo. Ninguna descripción debe robarle su trabajo a la otra.

LEO: Y si algo no lo sabemos, lo escribiremos como «no sabemos».

DAMIÁN: Esa frase nunca había figurado en mis discursos.

CELIA: Estrénala mañana.

(DAMIÁN toma aire como si fuera a cerrar una sesión multitudinaria. Los demás se preparan para una última exageración.)

DAMIÁN: Damas y caballeros: hemos pasado de setecientas unidades imaginarias a dos horas reales. No es el récord que esperaba. Es, por primera vez, una oferta que podremos contar con los dedos después de hacerla.

IRENE: ¿Y si nadie aplaude?

LEO: No habrá público en este ensayo, recuerda.

CELIA: Entonces terminemos antes de que vuelva a subir el precio.

DAMIÁN: ¡Adjudicado a la prudencia! No, perdón. Nada ha sido adjudicado. Ensayo terminado.

(Nadie mueve la silla. CELIA comprueba que el paraguas esté cerrado. DAMIÁN mira la silla un instante más; LEO e IRENE le hacen un gesto para salir. Los cuatro salen por el mismo lado. Fin.)